

Aparte estos dos escritores, otros muchos—novelistas, poetas, críticos—han contribuido al esplendor de las letras de su patria.

Suecia, que no había tenido ningún dramaturgo notable en el periodo anterior, se ufana hoy de poseer á J. A. Strindberg, llamado el Ibsen de su país. A más de autor dramático, es afamado novelista. Ha escrito muchas de sus obras en alemán, y su naturalismo pesimista es tan seco y descarnado que su drama, *La señorita Julia*, escandalizó á los mismos concurrentes del *Teatro libre*, de París. El matrimonio le parece una institución nociva, en general, y mala particularmente para los hombres de genio; la mujer, un sér nefasto. Inventor de nuevas fórmulas sobre el teatro moderno, sostiene que el drama no encierra la suprema expresión de la cultura de un pueblo. No ha sufrido interrupción durante el tiempo á que nos referimos la rica tradición lírica sueca, que han continuado, entre otros, Runeberg, Rydberg, los dos monarcas, Carlos XV y Oscar II, y Carlos Juan, conde de Snoilsky.

También en Dinamarca ha seguido el fecundo movimiento que se inició en la época precedente, mereciendo especial mención el poeta Paludan Müller, el novelista Jacobsen y el crítico Jorge Brandes. Este último, con sus profundos estudios acerca de la literatura europea en el siglo décimo-noveno, ha abierto nuevos y vastos horizontes al pensamiento nacional.

Al promediar el siglo, gozaba de mucho nombre en Alemania el novelista Gutzkow, autor, además, de varias obras escénicas. Su arte, sin embargo, es escaso, aunque no le falten ideas. Otro escritor, Auerbach, popularizó los cuentos de aldea, género que, á imitación suya, cultivaron otros muchos, entre los cuales se destacan el suizo Keller y Federico Reuter. El único novelista germánico de verdadero mérito, en el periodo que corre de mil ochocientos cuarenta y ocho á mil ochocientos setenta, es Gustavo Freitag, que ejerció saludable influencia en sus compatriotas, aconsejándoles el amor al trabajo y el cumplimiento de sus deberes, en sus narraciones *Los Periodistas* y *Debe y Haber*. Después, entre mil ochocientos cincuenta y nueve y mil ochocientos sesenta y seis, publicó una serie de cuadros de la Alemania antigua, que debía continuar, con menos acierto, en fecha más reciente.

Traducida al alemán la novela del inglés Bulwer Litton, *Los últimos días de Pompeya*, causó extraordinaria impresión en los escritores del país. No obstante, tardaron éstos veinte años en ensayar sus fuerzas en obras de la misma índole: al fin, Jorge Ebers dió á la estampa *La Hija del Rey de Egipto*, á que siguieron más adelante otras seis, que representan otras tantas épocas de la historia antigua del pueblo egipcio. El ejemplo de Ebers fué imitado por otros. En todas estas novelas, la erudición arqueológica perjudica al interés de la fábula: además, los personajes sienten y se expresan como los hombres de hoy. Inspirándose en Jorge Sand, Balzac y demás novelistas franceses, consiguió

mucha boga Spielhagen, compartiendo con él el favor de los lectores otro imitador, Pablo Heyse, en quien la forma artística y lo ameno y escogido del lenguaje disimulan la pobreza de sentimiento y la falta de claridad en las ideas: Heyse es notable como cuentista.

Después de la guerra de mil ochocientos setenta, se han publicado en Alemania numerosas novelas de actualidad, otras destinadas á describir países y costumbres extranjeras y muchas de carácter socialista. Entre tantos cultivadores de esta rama de la literatura, como allí existen, no hay, sin embargo, ninguno capaz de competir con los grandes noveladores ingleses, rusos, franceses y españoles, de que en este capítulo y el anterior hemos hablado. Tampoco en el género lírico, muertos Heine en mil ochocientos cincuenta y seis, Uhland en mil ochocientos sesenta y dos y Rückert en mil ochocientos setenta y cinco, se levanta ninguna figura de primera magnitud, aunque no faltén buenos poetas y excelentes versificadores. Ni han conseguido los alemanes imprimir el sello nacional á su teatro contemporáneo: varias tentativas se han hecho en este sentido; todas han fracasado hasta ahora. Precisamente, á raíz de haber vencido los ejércitos germánicos á los franceses, se introdujo la moda de imitar á los Dumas y Legouvé, tendencia representada especialmente por Carlos Lindau. El naturalismo á lo Zola, que se quiso llevar á la escena al poco tiempo, no fué tolerado por el público. Hoy priva el *ibsenismo*. Dos autores de nota, Sundermann y Hauptmann, han logrado imponerlo á los espectadores. En general, la literatura alemana, que floreció á fines del siglo décimo-octavo y en el primer tercio del décimo-noveno, como ninguna otra, entró después en un periodo de decadencia. Es natural que así haya acontecido. La diplomacia, la política, la guerra, el desarrollo de las ciencias positivas, el desenvolvimiento de la industria, la expansión colonial, los problemas sociales, han atraído á sí las inteligencias, solicitadas antes casi exclusivamente por las letras y la filosofía.

La transformación política de Italia explica también que en este país la anarquía literaria, que caracteriza á nuestra época, sea aún mayor que en los restantes de Europa, es decir, que vivan al lado unas de otras las escuelas más opuestas, y, en último término, prevalezcan las tendencias individuales. Tal vemos en Zanella, cuya inspiración fué casi independiente de toda influencia tradicional ó contemporánea. Se distingue por la gracia más bien que por la fuerza, aunque en su oda á Dante y en la dedicada á la apertura del canal de Suez, se eleva á considerable altura. Su *Psique* y *Egoísmo* y *Caridad* son joyas labradas con el buril griego. *La Vigilia*, en que medita sobre la evolución desde el punto de vista teológico, es quizás su obra más importante. En algunas de sus composiciones recuerda al inglés Coleridge, y su carácter, amable y melancólico, ofrece cierta semejanza con el de otro escritor de la Gran Bretaña, el tierno y delicadísimo Cowper.

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA
U. A. N. L.

Expirante el romanticismo, infundió nueva sangre en las venas de la poesía italiana Josué Carducci, vate eminente, romántico por su odio á lo convencional, clásico en su veneración por las formas antiguas. Su primer volumen de poesías se publicó en mil ochocientos cincuenta y siete, y los sucesos que á poco ocurrieron en su patria le sugirieron muchas composiciones, que revelaban al cantor del pueblo y de la época. En mil ochocientos sesenta y cinco, su *Himno á Satán* produjo enorme escándalo. Claro es que este Satanás no es realmente el príncipe de las tinieblas del catolicismo, sino la encarnación del espíritu de protesta contra la tiranía social y eclesiástica. Con las *Odas Bárbaras*, que vieron la luz en mil ochocientos setenta y siete, provocó Carducci otra controversia viva y ardiente, pero esta vez de carácter literario. La causa fué el emplear el poeta formas nuevas ó exóticas. Sin embargo, nadie dejó de admirar la inspiración vigorosa y la hermosura y majestad de la dición, de que Carducci hacía ostentoso alarde. Las *Rimas Nuevas* ciñeron nuevos laureles á su frente, reverdecidos, en mil ochocientos noventa y cinco, por la oda que escribió con motivo de celebrarse el tercer centenario del Tasso. Aunque Carducci se había presentado como innovador de la métrica, la mayor parte de las veces se sirve de las formas más usadas y populares para expresar sus pensamientos, como se ve en sus apasionados apóstrofes á la muerte y en las composiciones que dedica á aquellos de sus contemporáneos por él admirados, ó que consagra á cantar la vida ordinaria. Profundamente humano, amante de la belleza plástica como un griego, hijo de su siglo en lo tocante á ideas y sentimientos, maestro en el toque descriptivo, animado de fe inquebrantable en el porvenir de su patria, cuyas pasadas grandezas evoca con entusiasmo, debe al feliz consorcio de todas estas cualidades su alta y legítima reputación.

Ha tenido Carducci muchos discípulos, entre los cuales hay algunos poetas de mérito positivo; uno sólo, empero, le va á los alcances, es Gabriel D'Annunzio. El genio de éste es muy distinto del de su maestro. No es tan viril como su rival, pero le sobrepaja en fluidez y gracia. Presenta, dice Garnett, bajo varios aspectos, grande afinidad con Keats; mas á la inocente sensualidad emanada de las suntuosas bellezas que produce, añade algo que intencionadamente excita á la voluptuosidad. En sus primeras poesías, esta propensión es evidente; en las posteriores aparece un tanto modificada, aunque sin ser sustituida por ninguna otra cualidad nueva. Según el historiador antes citado, si los años hubiesen dotado á D'Annunzio «de entendimiento filosófico», estaría «á la cabeza no sólo de los poetas italianos, sino también de los europeos». Ocupa, sin embargo, un lugar importante entre los líricos de su país. Su estilo se caracteriza por su deslumbradora esplendidez, llegando á fatigar con tanta luz, tanto color, tanta armonía. Sus pinturas de la naturaleza son maravillosas. Ha enriquecido también la métrica italiana, dando pruebas de inventiva y exquisito gusto. Posee Italia otros líricos dignos de estima, aunque no puedan

competir con Carducci y D'Annunzio. Son de los más conocidos Rapisardi, que ha traducido á Lucrecio, escrito sangrientas sátiras contra la sociedad actual y hecho objeto de su culto á la naturaleza y la belleza eternas; Arturo Graf, que funde en sus versos, al calor de su inspiración, las ideas científicas y las emociones schopenhaurescas; Antonio Fogazzaro, el poeta de la fe y la esperanza; Amicis, famoso como viajero, que tiene el dón de las brillantes descripciones; Capuzana, rival de Carducci en los experimentos métricos; por último, Gerrini, cuyas primeras composiciones, que atribuyó á un autor imaginario, de nombre Steceheti, llamaron aún más la atención por su osada inmoralidad que por el innegable talento que revelaban.

La *noveletta*, nacida espontáneamente en Italia, se sostuvo sin dificultad; pero la novela extensa, la de costumbres especialmente, no ha podido aclimatarse hasta muy adelantado el siglo décimo-noveno, y aún hoy mismo no presenta caracteres fijos y bien marcados. Es, sin embargo, el género que más se cultiva actualmente, como ocurre en los demás países. Gabriel D'Annunzio, con ser tan buen poeta, goza aún de más fama por sus novelas, difundidas en el extranjero no menos que en su propia patria. Siendo un escritor tan admirable en prosa como en verso, no es difícil comprender su popularidad, aunque haya contribuido á ella en no pequeña parte la elegante corrupción de que hace gala. Siguiendo el ejemplo de sus modelos franceses, se limita á fotografiar una sola pasión, cubriendo con el espléndido ropaje de su estilo sus monótonas creaciones. Rivaliza en reputación europea con D'Annunzio el siciliano Juan Verga, cuyo realismo es indígena y no caótico, como el de aquél. Es uno de los representantes más eminentes de la novela local, no pudiendo decir que es el más eminente quien conozca á nuestro Pereda. El carácter del pueblo de Sicilia, hijo del cruzamiento de árabes y normandos, y los siglos de desgobierno que han engendrado en aquella isla la opresión y la miseria, creando hábitos de ferocidad y venganza, ofrecen á Verga ancho campo para lucir sus facultades de observador imparcial y su habilidad de artista. Mucho menos estimable es su labor cuando pretende extender su mirada á otros horizontes. Los nombres de Salvador Farina, Antonio Fogazzaro y algún otro han salvado también las fronteras de Italia. Fogazzaro une á cualidades de subido valor el mérito de la fecundidad y la variedad, habiendo escrito novelas de aventuras, de pasión, filosóficas, de caracteres y de tendencia. La más encomiada es *Malombra*, en que se combinan, para seducir al lector, distintos elementos á cual más interesantes.

Perjudican, con todo, al desarrollo de la novela italiana la multitud de dialectos que se hablan en la Península: el mismo fenómeno se presenta en el teatro. Otras causas parecen haber detenido el florecimiento de aquella literatura en general. A este propósito, dice Lombroso en un curioso juicio que formula acerca del estado de las letras en su país: «En primer lugar, el novelador y el autor dramático han menester de numero-

sas observaciones é impresiones diversas, que sólo pueden encontrar en los grandes centros de población. Y es el caso que no tenemos en Italia otras ciudades populosas que Roma y Nápoles, y aún los tipos italianos suelen carecer de originalidad y de variedad. Por otra parte, la educación clásica ha ahogado toda personalidad, manteniendo á los jóvenes escritores separados de los problemas científicos y sociales de nuestro tiempo. La plena libertad política concedida á los autores parece igualmente no haber sido favorable á la gran producción literaria. No ha mucho, bajo el acicate de la dominación extranjera, los sentimientos patrióticos se mantenían alerta, y la tiranía daba por resultado una concentración del pensamiento que, desde el punto de vista literario, le hacía cien veces más fecundo que la libertad».

En otros países de Europa han brillado principalmente, durante la segunda mitad del siglo décimo-noveno, en las diferentes ramas de la literatura: en Portugal, Castello Branco, Juan de Dios, Antero de Quental, Teófilo Braga, Tomás Ribeiro, Eca de Queirós; en Suiza, Keller, Amiel, mad. Gasparin; en Holanda, Van Græningen, Elena Schwarzh, Cooperus; en Polonia, Adam Asnyk, Kraszewki, Sienkiewicz; en la Gallitzia, Sancher Masoch; en Rumania, *Carmen Sylva*; en Bélgica, Moetterlinck, Estevens, no citando más para no cansar á los lectores con una simple enumeración de nombres.



CAPÍTULO TRIGÉSIMO-CUARTO

BELLAS ARTES

LA PINTURA



OMO en la ciencia y en la literatura, el rasgo más saliente que se observa en las artes, durante la segunda mitad del siglo décimo-noveno, es el predominio creciente del realismo. Los devotos del clasicismo y del romanticismo van disminuyendo hasta desaparecer. Pero el realismo se hace doctrinario, y con sus excesos y estrecheces provoca el renacimiento de un idealismo sentimental y arcáico, que va á buscar sus modelos más allá de los maestros del clasicismo y de los paganos del renacimiento. Entre estas dos direcciones, realista é idealista, aparece, de un lado, cierto neo-clasicismo, que á poco se confunde con la pintura de costumbres, heredera poco respetuosa de las ambiciones románticas; de otro, se desarrolla el paisaje, que poco á poco se aplica á todos los géneros y da nacimiento á una técnica nueva. Por último, más allá del realismo, surge un nuevo modo de percibir y representar la naturaleza, el *impresionismo*. Tales son las variadas orientaciones del arte europeo contemporáneo. Como segundo rasgo de este arte, debemos señalar el vigoroso empuje que recibe en España, Italia, Inglaterra, Austria-Hungría y países eslavos, que han asombrado al mundo artístico, especialmente los dos primeros, con sus numerosas y valiosas creaciones. Pero Francia conserva el primer puesto; París sigue siendo la academia universal de los pueblos, caminando los artistas de los demás países por los derroteros que les trazan los franceses. De la misma manera que en el período anterior, la pintura es el arte predilecto, en que se ejercita mayormente la actividad de los artis-